



André Cruchaga, nació en Chalatenango, El Salvador, 1957. Ha publicado *Alegoría de la palabra*, 1992; *Fantasia del agua*, 1992; *Fuego de la intimidad*, 1993; *Espejo del invierno*, 1993; *Memoria de Marylhurts*, Oregon, USA, 1993; *Visión de la muerte*, 1994; *Antigua soledad*, 1994; *Césped sobre el fuego*, 1995; *Fugitiva luz de los espejos*, El Salvador, 1995; *Fantasia del bosque*, El Salvador, 1996; *Enigma del tiempo*, El Salvador, 1996; *Roja vigilia*, El Salvador, 1997; *Querencia del follaje*, El Salvador, 1998; *Rumor de pájaros*, Santa Tecla, El Salvador, 2002; *Oscuridad sin fecha*, El Salvador, 2006; *Pie en tierra*, El Salvador, 2007.

André Cruchaga

Al borde del extravío

...y estoy atardeciendo
Fugaz
Como la sed que no se escribió nunca.
Maylén Domínguez Mondeja

Hoy, he recorrido las calles de la memoria.
Hay lagunas de espesa niebla; el cuerpo delira
Entre bocetos de fugitivo césped,
Entre ríos de agua o sed o piedra o grito.
Ahora solamente los ojos tendidos en el horizonte:

Los trenes escondidos de la infancia
En estos días donde la edad acaricia a los pájaros.
Mientras llega la noche con su boca voraz,
—desvelos, secretos, tristezas, cruces, fauces,
Con dientes afilados de lluvia, abriendo el pecho—,
La brisa avanza sobre las venas, filo de sombras,
Oscuras sombras hundiendo sombreros,
Allí donde crecen barbas de tanta espera.

A menudo el calendario dicta despedidas torpes.
Lo saben las paredes cuando las lame el crepúsculo,
Y el hollín se apodera de la respiración de la sangre.
Así nos damos cuenta de la estatura del olvido:
La certidumbre llega con soñolientas caricias
Y severas lágrimas sin respiro.

Uno puede imaginarse cosas. Inventar otros mundos,
Darle forma a la desnudez de las ventanas,
Refundir el júbilo en el suspiro,
Recordar los primeros labios abiertos al extravío,
Destruir todas las hormigas sobre la piel;
Pero la vida sabe del rotundo aliento de la carne,
Y de la fugitiva luz de los pabilos.

Junto a los atardeceres los ojos recorren
Asfalto y rieles, —tendidas hamacas
Meciéndose en el horizonte con un patio
De trino y trementina.
La edad madura como envejecidos vagones;
Implacables son las gavetas del calendario,
Cuando las canciones desafinan en las aceras,
Y la ebriedad de los trenes crece en el grito
Con una invasión de tempestad sinuosa.

Un polvo de baúles ciega los párpados, ciega los poros,
A riesgo de quebrar la sonrisa,
Y hacer de vitrales y caminos, un pañuelo
De oscuras migajas...

Barataria, 23. 01. 2008.

Destino y memoria

Los recuerdos viven y son como la vida.
Ayer era distinto: la conciencia gozaba

Y los poros —enrojecida amalga—se tornan sonata
De sutiles regadíos...
Barataria, 24.01.2008.

Metáfora del hombre

Mientras vivimos nunca registramos
Que ya estamos viviendo.
Juan Gil-Albert

Una sed de zapatos se bebe al mundo;
Allí donde los ciegos sólo tocan el aire
Y Dios cierra los ojos para verse a sí mismo,
Entre una multitud de hijos —los hijos ancestrales
Que ya han gastado su palabra
Y sólo les queda la suela rota de la zozobra
En un vacío donde las mesas imploran
Ganarle al viento
El disfraz suicida de sus clavos,
Donde las estrellas oscurecen en las sienas del cielo
Y el rocío lo envenenan violentas frazadas
De codicia...

¿Qué día nos agrieta la comisura de los labios?
¿Qué sangre derramada no corroe el asfalto?
¿Qué soledad sabe a pan para que los ojos
No se debiliten y la mirada reúna
Los colores del arco iris?

Alguien se hiere con el filo de la noche.
El bolsillo sube a las sienas sin lunas;
Se vive así, en una zona sin ternura.
Desde el interior acecha el animal del hambre.
Desde el interior del hombre titubea el frío
Como un cráter encarcelado por la intemperie.
Los dientes abren cicatrices e historias
Con enmohecidos silabarios.
En cada hoja el día desnuda su piel,
Oscuras formas toman cuerpo de luz,
Un bosque de descalzos se vuelve puño,
Piedra, acero y mesa.

Frutal herrumbre de la violencia,
Extraños badajos de ciega saliva,
Lascivos miedos sobre la cruz y las ermitas,
Servilletas empapadas de caries
Como paraguas de lenguas oscuras.
Todo esto lame el pequeño círculo de la vida.

No bastan las palabras pese a su sombra duradera.
Es mayor el inventario de las caídas,
El techo derruido, el futuro socavado
Por banderas de sangre y féretros de papel
Periódico jugando a lo posible en las calles.

La vida es permanente fuga hacia el silencio;
Los sueños un catálogo en vitrinas
De caníbal transparencia.
La vida se nos va donde comienza a vivir el olvido.
Nadie puede negar este boceto que a diario nos anda
En movimiento de aguas, piedra y viento.

Detrás de las sombras, el aliento brota en vetas
Como fugitivos relámpagos madurados
En ciegas fronteras monocolors...

Los brazos no resisten la extensión de las piedras,
Ni los frijoles en cápsulas plásticas son suficientes
Para mitigar el hambre.
Pero nadie escucha. Nadie oye los proyectiles de las cáscaras,
Caer sobre los ojos como lenguas gastadas.
Por eso este mundo es otro mundo sin alfabeto:
En él sólo caben destinatarios o monólogos
De flameante ceniza,
Hollín de agónicas espuelas, fantasmas encarnados en alacenas,
Tasas de neblina picoteando la fantasía,
Museos de apretadas galletas para mitigar el apetito
O, si se quiere, —digo, basura cuyo reino se vuelve inmutable
En el sagrado destello de las luciérnagas...
Barataria, 26.01.2008.

Sudario de la sangre

más allá del sudario la sangre fresca
/del que duerme...
Gonzalo Rojas

Desde los centros del poder crecen los atribulados.
Desde ese pantano se fundan los sometimientos,
Y sus extraños gestos de inminentes espinas;
Allí se gesticulan insomnes visiones
Y se instituyen sacramentos, monedas,
Códigos que nadie puede enhebrar en la delgadez de la vida,
Y en la memoria muda de las raíces
 Con silenciadores de sofisticada argamasa.
No es extraño, —sin embargo— ver golpes de pecho
Y granizos en la conciencia. No lo es, —por supuesto—,
Cuando los ideólogos beben sudarios de antiquísima legiones,
Con vasijas de radiantes casinos y consumen sangre
Como si se tratara de digestivos orgasmos.

La respiración debería ser otra. No desangrada arcilla
En la flama,
No humedecidos guijarros de sal,
No agonizante frutero: —transitorios párpados,
Impúdico eco de la respiración,
Sino un zodiaco de azúcar envolvente,
Más allá de las gotas amarillas del sol sobre techos disfrazados.
Nos multiplicamos en el exterminio:
Caminos entre deshechos de supermercados;
La transpiración se enreda en las aceras,
Los maniqués de los almacenes golpean las pupilas
Como furtivos fantasmas de un mundo
Pintando paredes con la sangre
Tumultuosa de la vía pública, —hoy no tan pública
Pues ha sido concesionada al hampa y la miseria—,
Donde terrones de smog se vuelven arrogante piel,
Y surrealismo de cadavérico escombros.

Y lo peor es que no hay tiempo para sobrevivir
En esta sociedad de consumo,
 Abierta a los números y la mercancía,
A los cuchillos férreos de la usura,
No a la luz convertida en gozo y alimento.
Desde allí, —desde esos centros con ventanales

Y cortinas irreales—,
Se conspira contra la vida. Pequeños grupos
Planean holocaustos
Y escriben con vehemencia sobre los pájaros
Anécdotas transfiguradas, sutiles limpideces de hadas,
Para descargar su éxtasis de descarado libido.

Así la vida se convierte en sudario;
Y la sangre, en una expansión de su propio rito...
Barataria, 27. 01.2008.

Conocimiento del hombre

Palpable es el sufrimiento. La sabiduría, plato miserable:
Vida equívoca sobre una sed de lunas;
El hombre cava abismos para convertir
Las ventanas en noches.

Atiza la respiración del aire sin descanso,
Hasta hacer del lenguaje rudo martillo de brea.
Siempre ha sido en el sollozo, alma desolada;
El desaliento, al final, prevalece a falta
De un encuentro con la sobrevivencia.

Mundos erráticos sobrevuelan las sienas.
Profundos alaridos rompen los huesos
Del cráneo;
La esperanza es apenas un vilano en los labios.
Hay una cisterna de cansancios, hundida
En la memoria.
La casa respira en la duda. El hombre es increíble
Con su adusta porfía:
La vida, un fetichismo de la sangrienta noche
Que pulula como una campana encarnada
En relojes de viejas acequias.
Su forma reside y se alimenta de la carne.
En realidad el sufrimiento no tiene misterio;
Acontecida la ceniza, vaciado el dolor último,
Ya no hay ruseñores, ni sueños...

Pero mientras se vive, vivimos calendarios de sed,
Mapas con desiertos, cucharas de increíble azúcar,
Interminables vocales de exterminio,
Selvas de copioso veneno,

Catástrofes como sombreros sin redención,
Puertas de miedo abriéndose hacia tempestades...

¿Quiénes somos en la noche y frente al alba incansable?
Formas apenas del aire. Eco. Indagaciones.
El amor se vistió de cansancio. El escenario de hollín.
Insólitas lamen los poros, desnudan los huesos;
La sábana de lo ambiguo sigue con sus matices

De Cieno;

La diafanidad está más allá de los muros del mundo:
Nada supone alcanzarla y llevarla a la mesa.
En realidad nos hace falta una buena dosis de escrúpulo,
Para ordenar los pétalos del pensamiento,
Sin hacer del dolor, una ración diaria de cuchillos,
O un fangoso cenáculo de egocéntricas medusas.

El mundo puede ser mejor; no tumultuosa noche,
No caverna fúnebre de la vida. Puede ser mejor, sin duda,
Y tan claro como los ojos verdes del paisaje,
Tan vivible como los ríos del beso en la boca:

Pájaro en árbol firme, sin escombros...

Barataria, 29.01.2008.

Tiempo agotado

Ya este tiempo que vivimos caducó en sus posibilidades;
Ha muerto el presente, y sólo tenemos,
Un mundo de huesos, mutaciones del aire,
Máscaras que no salvan el sueño, ni la vigilia:
Vivimos el revés de lo posible, en constante
Final, afirmando el golpe y el zarpazo,
Surcos al vacío hundiendo la esperanza.

Muere también el futuro en su reprimible

Papel periódico de todos los días:

Los nidos los deshace el viento; caen
En niebla de nudos ciegos, en lenguaje sin vocales,
En agazapada mueca de suspiros: —pedazos

De balbuciente traumatismo.

La claridad la andamos en la suela de los zapatos:
El destino, ahora, es una pantalla putrefacta

En los invernaderos:

Imprescriptibles ventanas revelan espacios ciegos.

Ser no es indicativo. Ser ha cambiado sus llaves.

El futuro es incierto entre tanto ojo devastado:

Todo el horizonte tiene una ondulación tórrida:

Lenguas de desierto lamiendo la garganta

Del planeta...

Habitaciones con polilla en sus armarios,

Madera agotada del cansancio, oscuridad de horas,

Sedientos huesos en las pupilas,

Coches-bomba reverberando en los relojes

Como nutrido murmullo de agujas.

Obstinada insensatez brega en el diario vivir:

¿De qué materia está hecho el tiempo?

¿Hacia dónde nos consume su escama errática?

Su vida. Su vacío. Su hoguera: —símbolo

De la inanidad;

Carcoma de lo errátil, centella de la ruina.

Ya este tiempo, en sus pasos, muestra cansancio:

Dejó su humanidad por el bramido; el respiro,

Por la convulsión;

El sombrero apretado de la tristeza se yergue

Como un faro de apretada niebla,

Como el surtidor nauseabundo de la orina

Desparramada en la acera de los antros.

Pronto caerá la lluvia sobre el tejido

De este tiempo impronunciable.

Barataria, 31.01.2008.

Sombra augural

Sé lo que quiero decir
Y sé bien por qué lo digo.
Emilio Prados

Ya no seremos nosotros con los remordimientos
Del presente los que desnudemos el granito,
Y hagamos de la tierra una pócima de cianuro.

Otros están cerca del final, atesorando,
—entre caos y sombra—
El imaginario completo de otros calendarios.
Eterno ha sido el sobresalto en la almohada:
Morir con la carne fatigada,
Presos del despojo —hipo, sin duda, de la tempestad
Misma, pájaros de sal agonizando en la niebla,
Hasta caer en celosías de dolor,
Dedos caducos sobre lápidas de sed.

La yo seremos nosotros los que recojamos la ceniza;
Otros anudarán las alas y tumbarán el miedo:
—gota a gota, ardiendo en violines;
Seremos Lázarus entre sedientas vidrieras,
Subiendo a puertos en barcos de deseos.
Fin de mundo esta gran noche del tránsito:
El poder hegemónico hizo imposible la vida con sienas profundas,
Descendió a tropeles, carcomió los huesos
Hasta hacer de la sonrisa un apéndice de humo,
Hasta hacer de los pies ilusiones ateridas...

Hoy, el aliento de los espejos nos convoca.
—su claridad es breve: tensadas trenzas de uñas;
Brazos de amarillos peces, nidos de yodo
Sobre paredes guardando la boca de pañuelos espumosos;
Ellos se yerguen en el pulso del horizonte:
—azogue, acaso, donde reposan féretros a escala
Y las entrañas sangran mármoles de sed.

Vivimos es un mundo de vestiduras impostadas:
La brisa secular deshila la conciencia: —se huye,
Escapa con los temores propios del veneno que exhala.
La noche en la garganta, ciega noche,
Crucial vinagre en el cartapacio de los ojos,
Rotunda escarcha como minuto oscureciéndose
En las instrucciones doctorales de la saliva.
Nunca fue tan grande el sofoco del orgasmo,
Ni el pulso, como categoría agitada de la sangre.
Ahora, la historia abre la antesala del horóscopo,
Para tatuar con leche pasteurizada el laberinto
El laberinto de la sequedad humana,
Que impasible se torna en obsesa diáspora.
Barataria, 02.02.2008.

Claroscuro

Los claroscuros tejen redes infinitas
Con un lenguaje transfigurado en sombras;
Ellos quitan la sobreluz, esa extraña
Tapia de hormigas en las ventanas,
—pero también congrega fragmentos
De un balbuceo articulado de pájaros:
Cortejo de fósiles en los hombros del hombre.
Hay pocos lugares donde la luz es plena,
Por más albura como diccionarios en las ventanas:
Los parpadeos secretos se roban las palabras,
Los papeles de las manos echan miradas
Hacia cierta afasia del paisaje humano.

De repente hay facturas que pagar a cambio del silencio:
—otra manera de ser cómplices
Para recoger la felicidad en pedazos,
Agazapado lenguaje de la niebla, mundo de reparos
E impiedad: agua huidiza de textos sin papel,
Donde las telarañas deslumbran en abundancia,
Y la risa es cada vez un cuarto oscuro
Del tamaño umbilical del viento.
Desde el sabor de su polvo apiñado en las quebradas
Paredes de la historia, los zapatos resplandecen
De anemia,
Y los puñales son más ciertos en sus siete hambrunas.
La música nocturna suelta su pelambre,
—ciega sortija goteando horas, más allá
De la mesa sorda, callosa de manos,
Dulzaina de manchas en el pañal de los ojos.

La noche se vuelve un expendio de tragaluces:
La memoria se evapora en imágenes,
Espesos brazos monosílabos
Golpean el gris del universo.

A veces pienso al mundo en este claroscuro,
Como cortina de bambúes
Sobre una insolación oscura.

Nada me hace suponer lo contrario,
Cuando la suciedad de los semáforos sofoca
Y cientos de miles cortan el oxígeno
Con su agónica animosidad.
El paisaje de lo inhumano se ha vuelto
Un juego de irónicas almohadas, sorda epidemia,

Donde la boca se convierte en mullido aparador
De ciegas luciérnagas.
Barataria, 03.02.2008.

Noche final

Esta noche está llena de silencios.

“Nosotros, los sobrevivientes”, hacia qué hoyo
Vamos, cargando muertos todos los días.
A menudo despierto en ese sueño sin ojos:
Fin del final, noche de los sentidos,
Donde la sangre hierve de cuervos.
Yo, el sobreviviente, en qué alero de la casa
Debo resguardar la vida, huir
De los murciélagos, saltar las alambradas
De las sombras y escribir azúcar
En el delantal de mi madre.

Ella no sobrevivió y cerró la puerta con llave:
Un día se fue sabiendo el oficio de dar vida;
Se hizo acompañar del rocío hasta el final de sus días,
Su inefable aliento de serenidad,
Su cara de evidente soledad,
Sitiada por el hollín de la carcoma.
Recuerdo los húmedos monólogos de sus ojos
Y la madera de pino ardiendo en la respiración:
La ceremonia final de los relojes,
—así es la vida en la eternidad efímera,
Así es todo el imaginario inocente.

Esta noche gime desvelada en los recuerdos.

Soy ese sobreviviente —no ileso, de un laberinto
De odios y sueños, de musgo y ascuas,
De sospechosos amarillos, de oxidadas ventanas
Que recuerdan pañuelos ondeando
Como banderas, casas vacías
Y un albedrío de espinas:
—diluvio de espinas aterradoras y cascos...
Todos estos años han sido de altavoces de huesos.
A menudo la transparencia es momentánea
Y equívoca,
Uno termina siendo el meñique del tiempo,

El arrimado a la densidad del búho y las luciérnagas,
El juego natural del planeta,
Maquinaria del grito.

Algo se rompe en la transparencia comercial
De las vitrinas:
—ese algo es la ilusión, símbolo de vida.
Todo termina siendo material para teólogos:
Llámesse meditación trascendental o, simplemente,
Un ritual disfrazado de humanidad,
Pues los altares y los pulpitos son apenas,
Un fósforo protocolar en la página etérea del aliento.

Esta noche está llena de silencios...
Fieles candelabros vigilan la lágrima...
Barataria, 04.02.2008.